

El arte del engaño

Luis Sánchez-Merlo

El otoño invita a releer *El arte de la guerra*, un libro sobre estrategia militar escrito por Sun Tzu, que resultó imprescindible para los generales asiáticos y que sigue siendo fuente de sabiduría militar y estrategia comercial.

En el choque, ya en campo abierto y sin margen corrector, entre el Gobierno y el grupo de partidos y organizaciones que plantean la celebración de un referéndum y, en caso de obtener la mayoría de los votos, la proclamación de la república catalana, ¿cuál está siendo el comportamiento estratégico de cada parte?

Desde el comienzo de los tiempos, el éxito es el resultado del uso de la inteligencia. Aunque, según Sun Tzu, es aconsejable evitar las confrontaciones bélicas, en algunas ocasiones no queda más remedio que combatir. Un movimiento audaz deja al enemigo indefenso o sumido en el desorden y el caos. Y concluye, es mejor "someter al enemigo sin luchar".

Si uno se detiene en el detalle de la *desobediencia civil* que estaría organizando el soberanismo en forma de "manifestaciones, sentadas en espacios públicos, ocupaciones de edificios, cortes de carreteras y huelga general indefinida hasta forzar la negociación", la impresión es que son más explícitas estas intenciones que la réplica agotada en la respuesta jurídica. Claro que también se puede entender que el Gobierno no quiera enseñar sus cartas, por lo que queda la duda kantiana sobre la existencia de un plan —que el Gobierno no ha desatado— más allá del "no habrá referéndum".

El conglomerado soberanista tiene trazada la hoja de ruta, la comparsa asegurada de dos asociaciones —con docenas de miles de seguidores dispuestos a movilizarse— y el estado mayor engrasado, con la dirección de operaciones asentada en el Palau Rubert, propiedad de la Generalitat, antes residencia privada de un influyente aristócrata, financiero y político catalán. Al constitucionalismo le asiste la razón jurídica y la ventaja de la ley, un amplio abanico de remedios coercitivos del Estado y la anuencia internacional.

Hasta ahora, los artificios han sido simples tanteos, resultado de la desconfianza absoluta entre ambas partes. Mientras, por un lado, hay evidencias de una pasión activada —como el oportunista reparto de octavillas en el aeropuerto del Prat para intentar convencer a los rehenes de que con ellos no habría caos—, por el otro, la destreza consiste en ir respondiendo a los hechos consumados.

En la enconada trifulca que enfrenta a los secesionistas con los que no quieren la ruptura no ha habido muestras de sensibilidad emocional por ninguna de las dos partes: Mas ("El proceso no tiene marcha atrás"), Puigdemont ("O referéndum o referéndum"), Rajoy ("No habrá referéndum el 1 de octubre").

El pasmo ante las 23 propues-

tas que el anterior presidente de la Generalitat dejó encima de la mesa de la Moncloa es prueba elocuente de la dificultad que ha tenido uno para atender los puntos de vista del otro. Y esto encalla más, si cabe, el conflicto.

El nacionalismo se lanzó en tromba por la pista de la independencia, a raíz de lo que se consideró una afrenta al pueblo catalán, cuando el Tribunal Constitucional "no fue sensible" en su aplicación del principio de legalidad. Aquí arranca el proceso, que coincide con la grave crisis económica que asoló España y la apertura de la veda judicial a la familia del patriarca, tras la confesión de una extraña herencia y el descubrimiento de las andan-

En la estrategia humana el engaño es un aspecto elemental. Es una cualidad estratégica vital, que se sustancia en el envío de señales, deliberadamente falsas, para modificar el comportamiento del otro. Y resulta crucial al introducir la confusión donde hay orden, la cobardía y el temor donde hay valor, la debilidad donde hay fortaleza.

El mejor estrategia, según el Sun Tzu, es el que domina las artes del engaño, cuya clave es simplemente una cuestión de hacer lo contrario de lo que se espera: aparentar debilidad cuando se es fuerte, pasivo cuando se es activo, cercano cuando se está lejos y lejano cuando se está cerca. Conseguir esto requiere orden y disci-

plina. En la estrategia humana el engaño es un aspecto elemental. Es una cualidad estratégica vital, que se sustancia en el envío de señales, deliberadamente falsas, para modificar el comportamiento del otro. Y resulta crucial al introducir la confusión donde hay orden, la cobardía y el temor donde hay valor, la debilidad donde hay fortaleza.

Por su parte, los constitucionalistas gambetea con tres artículos de la Constitución (8, 116 y 155) susceptibles de ser aplicados para paralizar la secesión, a sabiendas de que el 155 no ha tenido —desde 1978— desarrollo legislativo y los tiempos dificultan, hasta hacer imposible, su aplicación.

El análisis de comportamientos acredita un arsenal de desatinos. La "sabiduría excesivamente astuta", a la que se refirió Tito Livio, generaba un disgusto mayoritario de los senadores romanos. En aquellos tiempos era más glorioso engañar al enemigo que conquistarlos por la fuerza. Y algo

ha mantenido a ultranza el autocontrol mientras sus contrincantes no se han privado de recordar que las estrategias más efectivas no dependen exclusivamente de la violencia, aunque esta puede desempeñar un papel instrumental, como demostración de superioridad y como forma de agresión. Y aquí surgen las diferencias entre la estrategia y la estrategia. Mientras que las características de la primera son la previsión, la anticipación, la iniciativa y la resolución, la estrategia remite a la audacia y a la inteligencia.

El gran teórico moderno del arte de la guerra, el general prusiano von Clausewitz, planteó como el verdadero agresor acaba siendo el que se defiende, no el que



El jefe del Gobierno, Mariano Rajoy, recibiendo al presidente de la Generalitat, Carles Puigdemont, en el palacio de la Moncloa, en abril del 2016

Quizás el Gobierno no quiera enseñar sus cartas y de ahí la duda sobre si tiene un plan más allá del "no habrá referéndum"

zas de sus vástagos.

Desde que todo empezó, se han exacerbado los ánimos, abierto heridas y fraccionado la sociedad catalana. En medio de una insolente provocación a los sujetos pasivos del eficaz "España nos roba" y el más añejo "Catalunya no es Espanya".

¿Qué tendría que haber hecho el Gobierno? ¿Debería haber impugnado el Estatuto aun a sabiendas de que era inconstitucional, incumpliendo gravemente sus obligaciones? O bien, ¿el Tribunal Constitucional no debería haber dictado esa sentencia, quebrantando gravemente sus deberes?

Con el proceso se han exacerbado los ánimos, se han abierto heridas y se ha fraccionado la sociedad catalana

plina. Y simular cobardía requiere mucho valor. El aspecto psicológico básico del engaño es desestabilizar al enemigo o al menos asegurar la posición propia.

El cambio de las reglas del juego, sin consenso, a través de la modificación del reglamento del Parlament para la aprobación de las llamadas leyes de desconexión, entra dentro de esta cualidad, en la medida en que se oculta algo esencial a la (casi) mitad de los representantes, justamente los de la oposición, que no están en el ajo. Como también lo es la impúdica negación de la evidente salida de la UE, en el hipotético

El Ejecutivo central, como el Govern, tiene sus armas y razones, pero debe emplearlas con proporcionalidad

de esto entrevistó Mas, cuando soltó aquello de "hay que ser más astuto o inteligente que no valientes". En el envite marró su futuro, hasta quedar apartado del Palau de la plaza Sant Jaume. O la negativa de Puigdemont a dar la cara en el Congreso para defender su proyecto, lo que le impidió sumar alianzas potenciales. Le pudo el miedo escénico y la inevitable comparación con su protector, y no quiso repetir la experiencia que sacó de la política al lehendakari Ibarretxe. Hay que tener cuidado con considerar astucia a la mentira.

El coro afinado del Gobierno

toma la iniciativa en el conflicto. ¿Será el Gobierno central el que actúe forzosamente con los independentistas? ¿O serán los soberanistas quienes, en su estrategia de defensa, acaben consumando una agresión al Gobierno? Y aquí aparece la figura del chivo expiatorio, necesario para rematar cualquier conflicto. ¿Quién lo será en este caso?

El Gobierno, como el Govern, tiene sus armas y, en cierto modo, ambos tienen sus razones y sofismas. Pero debe emplearlas con proporcionalidad. Sólo de esa forma se logra la función última del derecho y la reivindicación completa del imperio de la ley, esto es, en términos pascalianos: fortalecer la justicia y justificar la fuerza. En el trance que se avecina son precisas estrategias afiladas. Los argumentos se tambalearán si carecen de legitimidad ética suficiente, y en cada acometida habrá un juicio moral de proporcionalidad. ●